

## CAPÍTULO XI

### LA POTENCIALIDAD INTERNA

Todo hombre tiene latente en su interior una fuerza que, si lograra descubrir y vitalizar, le pondría en condiciones de llevar a cabo no soñadas empresas.

En nuestro interior está la energía divina que desde el exterior nos sustenta y anima.

Casos hubo en que el hombre de medianas fuerzas las acrecentó de tal manera por obra de la sugestión, que apoyado por cabeza y pies sobre los bordes de dos sillas resistió encima de su cuerpo el peso de seis corpulentos hombres, siendo así que en su estado normal no era capaz dicho sujeto de levantar más allá de diez kilogramos. ¿Cómo pudo realizarse este prodigio de fuerza muscular? Seguramente que no hubiera bastado para ello la sugestión, de no estar latente la fuerza en el interior del hombre.

Estos fenómenos denotan cuán poderosa es nuestra fuerza de voluntad y lo mucho que con ella haríamos si la conociéramos y actualizáramos. Pero la intuición

nos da un vislumbre de estos latentes poderes, aunque no alcancemos a definirlos; y prueba irrefutable de su existencia es que el hombre no parece el mismo y agiganta sus fuerzas psíquicas y aun las musculares, cuando se ve en desesperadas contingencias, en circunstancias excepcionales y de tan crítica gravedad que sean para él cuestión de vida o muerte. Esta potencialidad interna, esta latente fuerza anímica, al actualizarse súbitamente por efecto de una emoción violentísima, convierte al pigmeo en gigante cuando entre las llamas del incendio y las oleadas del naufragio oye los desesperados gritos de una madre en inminencia de perder a su hijo. Se ha visto en casos de extremo peligro que hombres endeble sacaron, como vulgarmente se dice, fuerzas de flaqueza, y sobrepujando los términos de la valentía rozaron con la temeridad hasta llevar a cabo hazañas que en circunstancias normales hubieran puesto espanto en los más robustos corazones.

¿De dónde proviene este extraordinario poder físico, mental y moral que sólo dura los momentos necesarios para realizar la acción heroica? Seguramente que de las más recónditas intimidades de nuestro ser, de donde podemos educirlas aun en condiciones normales, según nos enseña la nueva filosofía psicológica. Todo hombre es un héroe desconocido y oculto bajo apariencias vulgares. El héroe está siempre allí; la catástrofe no hace más que revelarlo. Nadie sabe de qué sería capaz si circunstancias de formidable gravedad despertaran sus dormidas fuerzas interiores.

Todos conjeturamos que hay algo en lo íntimo de nuestro ser que ejerce sobre nosotros influencia decisiva.

Es la sede del amor, de la verdad, la belleza y la justicia, donde mora la paz que trasciende a toda comprensión y refulge la luz jamás vista en tierras ni mares. Todos tenemos conciencia más o menos despierta de que hay algo en nosotros inmortal e imperecedero. Es la voz de Dios, el callado mensajero que nos acompaña durante el viaje de la vida y nos advierte, aconseja y protege por doquiera vayamos.

Muchos transponen la conciencia física en el paso a que llamamos muerte con bastante salud latente en las células orgánicas para volver el cuerpo a la vida si se lograra actualizar la vitalidad potencial en ellas. La historia de la medicina nos ofrece ejemplos de moribundos escapados a la muerte por el vehemente empeño que en conservarles la vida pusieron los médicos de cabecera o los parientes cercanos; pero, por lo general, la convicción que el enfermo tiene de su próxima muerte invalida la natural resistencia del organismo contra la enfermedad. De la propia manera hay entre la muchedumbre de fracasados que callejean sin oficio ni beneficio por las ciudades, no pocos cuyas dormidas aptitudes, debidamente despertadas a la actividad, les hubieran puesto en situación de realizar meritorias acciones. Por falta de educación quedan muy valiosas cualidades latentes de por vida en muchos individuos, a menos que anormalmente las eduzca el violento choque de una contingencia decisiva, de una de esas profundas crisis que señalan un punto de conversión en el curso de la existencia y evocan con angustioso grito las fuerzas interiores. El popular adagio que dice: "a grandes

males, grandes remedios", significa que cuando nos vemos en una situación horriblemente desesperada, desde el punto de vista mundano, parece como, sin saber de dónde, llegaran de pronto a socorrernos fuerzas cuya procedencia atribuimos a milagroso auxilio y realmente son las hasta entonces dormidas energías de nuestra íntima y divina naturaleza.

Lástima es que no confiemos más firmemente en las formidables fuerzas espirituales de nuestra conciencia y no nos esforcemos en despertarlas a la acción para que, obrando en nuestra naturaleza a manera de levadura, la transmuten de pasional en virtual y nos coloquen en tan equilibrada y armónica disposición de ánimo que sea para nosotros necesario obrar según verdad, honradez y justicia. El malvado es seguramente anormal, pues para el hombre armonizado es tan sencilla, natural, lógica y necesaria la obediencia a la ley, como para una flor lucir su hermosura y exhalar su fragancia.

Por mucho que un hombre se aparte o extravíe del camino que conduce a la verdad y a la vida, tarde o temprano volverá a él impelido por sus ya despiertas fuerzas interiores que le pongan en armonía con el bien.

Si algo hay evidente en el universo es la bondad y sabiduría de las leyes divinas, según las cuales los hombres han de perfeccionarse por medio de la lucha de su naturaleza superior contra las resistencias de la inferior, hasta que al fin triunfe el bien y se transmute el dolor en gozo, la pena en alegría, la sombra en luz, el error en verdad, la superstición en conocimiento y la ignorancia en sabiduría, porque en estos pares de opuestos elemen-

tos, el negativo carece de substancialidad y, por lo tanto, de existencia intrínseca <sup>1</sup>.

No hay amigo tan fiel e inegoísta como el divino Poder creador que nos sustenta.

Es el mismo que durante el sueño restaura nuestras fuerzas para reanudar al día siguiente el cotidiano combate de la vida y el que constantemente renueva las células de nuestro organismo.

Las drogas, píldoras, recetas y específicos resultan inertes sin la influencia decisiva de la fe, que obra milagros.

De la mente brota todo cuanto fue, es o será creado.

En último término, toda curación es obra de la acción mental del enfermo sobre sí mismo y sobre cuanto le rodea, pues las medicinas, aun cuando estén acertadamente prescritas, sirven de medios puramente fisiológicos, cuya acción facilita y apresura la de las fuerzas interiores. La naturaleza superior del hombre es mucho más poderosa que la inferior, contra cuyas imperfecciones, defectos y enfermedades ha de luchar constantemente. Apenas se quebranta un hueso o se desgarran un tejido comienza el fisiológico proceso de reparación, y si nuestros prejuicios no lo estorbaran, lograríamos apresurarlo de modo que la salud fuese perfecta.

Por lo más íntimo de nuestro corazón fluye una abundosa corriente espiritual que lleva hacia el bien.

<sup>1</sup> Quienes por estar familiarizados con las matemáticas tengan claro concepto de las cantidades negativas, comprenderán desde luego que el error es la verdad invertida o negativa, y el mal es la negación del bien, como el *frio* no es frío en sí ni las *tinieblas* tienen tampoco existencia real, sino que son, respecto de nuestros medios de percepción, lo que en terminología matemática podríamos llamar *menos calor* y *menos luz*. (N. del T.)

Casos hemos visto en que los dueños de granjas y cortijos abrieron pozos en su posesión y desalentados de no hallar agua vendieron la heredad; pero vino otro más perseverante y avisado, que horadando el suelo a mayor profundidad encontró la cristalina corriente. Así muchos pasan la vida sin ahondar lo bastante en su conciencia para hallar las fecundantes aguas de la espiritualidad, cuando si profundizaran más en su interior localizarían la copiosa corriente del bienestar y de la paz.

Todos tenemos momentos en que vislumbramos las vigorosas posibilidades de nuestro verdadero ser. A veces nos sirve de experiencia la pérdida del hijo queridísimo, de la madre idolatrada, del amigo entrañable, de la esposa amantísima. Otras veces nos abre las potencias del alma la lectura de un libro inspirado, la conversación alentadora de un amigo; pero, sea lo que quiera, no somos ya los mismos luego de conocido el formidable poder del espíritu, porque cuando el hombre siente en su interior las pulsaciones del potente principio de verdad y justicia, se ve capaz de luchar ventajosamente contra el mundo entero.

Así tuvo Lincoln tan decisiva influencia en los destinos de su patria, pues no sólo era hombre de sereno y acertado juicio, sino que rindió siempre su voluntad al servicio de la justicia.

Hemos de convencernos de que somos partícipes de la ley universal que regula todas las cosas.

Los rayos de esta inteligente influencia se reflejan en la inspiración del escultor que modela una estatua, del músico que compone una sinfonía, del arquitecto que proyecta un soberbio edificio, del inventor que da

al mundo las maravillas del fonógrafo, del teléfono y de la máquina de coser.

Reflejo de la divina es la mente humana, que a su vez modela las formas de cuantos objetos constituyen el mundo del arte.

No todos comprenden cuán sagrado es el anhelo del hombre a la perfección, el ansia de inmortalidad que le estimula a obrar con verdad y justicia.

Cuando reconozcamos la copiosa, silente y vital energía que en nuestro interior late con potencia bastante para satisfacer todos los anhelos, ansias y aspiraciones del alma, ya no sentiremos hambre ni sed, porque nuestro será cuanto en el universo existe. Nadie es pobre si refugiado en los brazos de Dios trabaja con fe en su porvenir.